

LA ARGENTINA FUMIGADA

FERNANDA
SÁNDEZ

AGROQUÍMICOS, ENFERMEDAD
Y ALIMENTOS EN UN PAÍS
ENVENENADO



Espejo de la Argentina  Planeta

FERNANDA SÁNCHEZ

LA ARGENTINA FUMIGADA

**Agroquímicos, enfermedad y alimentos
en un país envenenado**

Espejo de la Argentina  Planeta

Introducción

Enfermos de tranquilidad

Están ahí. Aunque no los veamos, están ahí. Mejor dicho, tal vez estén todavía ahí justamente por eso: porque son invisibles. Porque ni siquiera sabemos que están. Sin embargo, nos acompañan cada día de nuestras vidas, desde que nos levantamos hasta que nos vamos a dormir. Están en la yerba y en el té de la mañana. En el cultivo de la caña que termina después adentro de nuestra azucarera. Están en las frutas que comemos con el desayuno para sentirnos “saludables”, en cada verdura de la ensalada del mediodía y también en cada papilla que le damos a un bebé. En cada bocadito de verdura que les ofrecemos a sus hermanos mayores, pensando que les dará fuerza y energía. Y es verdad: muy probablemente se las den. Pero junto con ellas también vendrá —subrepticamente— una carga química tan ignorada como potencialmente peligrosa, y de la que ni siquiera los organismos de control parecerían tener demasiado control.¹

Se trata de sustancias que fueron diseñadas para exterminar otras formas de vida, aun cuando desde la industria y desde un Estado claramente comprometido con esa industria se insista en llamarlos “fitosanitarios”. Son formulaciones comerciales de pesticidas (4.478 a diciembre de 2015) que se aplican a todo lo que se cultiva² y que todos tendremos luego

adentro de nuestras ensaladeras, platos y botiquines. En contacto directo con nuestros cuerpos, incluso, a través de los tampones, algodones y gasas estériles en muchos de los cuales ya se han detectado tanto un herbicida, el glifosato, como su metabolito, AMPA.

De todo eso, sin embargo, sabemos poco y nada. Y más nada que poco, en realidad, porque el sistema entero fue diseñado para el secreto. Para la opacidad. Para que termináramos como estamos hoy: comiendo sin saber. De hecho, la resolución 350/99 del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA, el organismo estatal encargado del registro y control de los agroquímicos en nuestro país) garantiza en uno de sus artículos la protección más absoluta para las empresas y para lo que fabrican. Así, tanto la composición real de esos productos como los estudios llevados adelante para testarlos son secretos. Los funcionarios a cargo de procesar las solicitudes de aprobación de plaguicidas pueden, en efecto, ser demandados en caso de dar a conocer algún dato.³ Pero, ¿a qué tanto misterio, tratándose de sustancias que serán luego arrojadas al ambiente de a millones de litros, y a las que estaremos expuestos todos: hombres, mujeres, niños y hasta bebés en camino? ¿Qué es exactamente lo que no quieren que sepamos?

El secreto, evidentemente, no interfiere con los negocios, al contrario. De este modo, mientras que en las últimas décadas la superficie cultivada en la Argentina creció casi el 62%,⁴ el mercado de los herbicidas creció más del 1.000% según un informe del INTA. El sector de los agroquímicos que se utilizan para producir cada cosa que comemos y vestimos mueve —solamente en la Argentina— cerca de 3.000 millones de dólares al año. Y hasta posiblemente más, solo que nunca lo sabremos porque en 2012 las principales cámaras empresariales del rubro han dejado de hacer públicos esos datos, arguyendo la “incomodidad” de sus socios con esa clase de revelaciones. Increíblemente, a algunas —pocas— industrias el

libre acceso a la información sobre sus cifras de ventas las perturba y mucho. La de los pesticidas parecería ser una de ellas.

Mientras tanto, y a excepción de la producción orgánica o agroecológica, no hay cultivo en nuestro país —no importa si peras, papas, acelgas, soja o los árboles para la industria forestal— que no reciba una enorme carga química a lo largo de todo su ciclo. Así lo han comprobado trabajos tanto del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) como de varias universidades nacionales.⁵

Parte de esa química permanece en las frutas, hojas y cereales que comemos, y de allí el establecimiento de algo llamado “límite máximo de residuos”⁶ o LMR. Esto es, la cantidad de restos de pesticidas que (dice la industria, dice el Estado a través de sus organismos, dicen todos los que lucran con esta naturalización de lo que no lo es) podemos comer sin que nuestra salud se vea afectada. Pero, ¿cuáles son las garantías? ¿De dónde viene la idea de que se puede producir alimentos en base a venenos y hasta terminar comiéndolos, así sea en pequeñas dosis cotidianas, sin que nada suceda? ¿Cuáles son las consecuencias de ese microenvenenamiento en el largo plazo? ¿Responderán todos los cuerpos del mismo modo frente a la agresión? ¿Es acaso lo mismo que se exponga un adulto de setenta kilos que un niño de 18 meses? ¿Quiénes son los que están tan interesados en que sigamos creyendo que esa es la única manera de que comamos todos?

Para el neolenguaje de la tranquilidad —el idioma que hablan al unísono empresas, profesionales de la agronomía, aplicadores de plaguicidas, el Estado y todos aquellos involucrados en el floreciente negocio de la agricultura química— no hay nada de qué preocuparse. Más aún: todo esto es no solo aceptable sino *indispensable*. Es, aseguran, comer venenos o quedarse con la panza vacía. No hay, insisten, ninguna otra respuesta posible frente al hambre.

En ese contexto, cualquier voz en disidencia será acusada de “anticientífica”, primero, y de intentar “generar miedo”

y “alarma”, después. Los médicos, toxicólogos, bioquímicos e investigadores que osen hablar del tema —en particular si se trata de profesionales reconocidos y con años de trayectoria en sus disciplinas— serán ignorados, acallados, ridiculizados. Perderán cargos, financiamiento y cátedras. Serán insultados públicamente, sus carreras se irán a pique y seguirán difamándose aún después de muertos. Lo que sea, con tal de que nada venga a sacudir el estado de secreto y desconocimiento en el que nos han acostumbrado a vivir.

Al mismo tiempo, el agronegocio seguirá repicando su campana pacificadora: podemos comer tranquilos. Comer día tras día, comida tras comida, pequeñas dosis de insecticidas, funguicidas, herbicidas y unos cuantos “cidas” más que no solo se pueden rastrear en la comida, sino también en nuestros propios cuerpos.

La industria miente, la sangre no.

No se trata entonces de alarma, sino de información. Y la información dice que (por solo citar un ejemplo) en más de una oportunidad las hortalizas que comemos cargan niveles de plaguicidas —como mínimo— inquietantes. Porque se aplican productos prohibidos. Porque se usan, por baratos, productos que nadie sabe bien quién elaboró, y circulan en “tachos” que tampoco nadie sabe bien de dónde vienen. Porque se aplican productos que no han sido autorizados para determinado cultivo o porque —aun cuando sean productos legales y efectivamente se puedan aplicar en tal o cual fruto— los rastros de veneno que se detecten estarán por encima de lo permitido.

Así lo comprobó a fines de 2015 un estudio realizado por la Universidad Nacional de La Plata sobre productos tan básicos como la lechuga, la zanahoria, las naranjas o el morrón: el 76,6% de las muestras exhibieron residuos de plaguicidas y el 7,7% de ellas estaban incluso por encima del límite fijado por la ley como “seguro”.⁷ Los cítricos y las zanahorias (ambos con el 83,3%), seguidos por el morrón (77,8%) y por las

hojas verdes (con el 70%) fueron los productos en los que se detectó con mayor frecuencia la presencia de restos venenosos. “En virtud de los resultados encontrados en el marco del proyecto ‘Plaguicidas: los condimentos no declarados’, puede proponerse al consumo de frutas y verduras como una potencial fuente de exposición a plaguicidas. Adicionalmente, este estudio pone de manifiesto la falta de valores máximos permitidos para algunos productos y/o compuesto y plantea la necesidad de generar sistemas de control locales y regionales de alta eficacia”, concluye el trabajo.

De nuevo: no hay alarmismo aquí. Hay preguntas, datos que preocupan y un sistema entero fundado en falsas certezas, normas que no se cumplen y un discurso oficial sedante. Tras la publicación del trabajo de la Universidad de la Plata, de hecho, un altísimo funcionario del SENASA fue entrevistado y aseguró que “los monitoreos que se realizan no dan como resultado niveles de residuos de agroquímicos que superen los LMR con una frecuencia que amerite adoptar medidas restrictivas sobre productos fitosanitarios o los alimentos”.⁸

¿Cuál sería, entonces, la *frecuencia que amerite*? ¿Qué debería suceder, según las autoridades responsables, para que la detección de venenos en lo que llevamos a nuestras mesas “ameritara” finalmente priorizar la salud por sobre la facturación?

La ecóloga Jane Goodall se preguntó una vez cómo fue que pudimos creer que era una buena idea cultivar nuestros alimentos con venenos. En esa duda está encerrada la clave de mucho de lo que hoy nos sucede. Porque nuestro verdadero problema no es “el miedo” ni el “alarmismo”, sino el hecho de vivir enfermos de tranquilidad. Dando por sentado que estos químicos son seguros y hasta “amigables con el ambiente y el ser humano” —como rezan varias de sus publicidades, algo que en Europa no podrían hacer por estar expresamente prohibidos—, que han sido exhaustivamente estudiados por investigadores independientes, que son

vigilados por los organismos de control, que se los “aplica” tomando miles de recaudos, que “se desvanecen” sin más en el aire.

Ninguna de esas cosas es verdad.

Pero esto no es todo. Con la llegada en 1996 a nuestro país del primer organismo vegetal genéticamente modificado (OVGM) se inauguró también una nueva era en materia de exposición a pesticidas. La razón: de los 36 organismos aprobados a la fecha (soja, maíz y algodón, básicamente), 27 fueron diseñados para sobrevivir al rociado de biocidas.⁹ Por ejemplo, el glifosato, catalogado el 21 de marzo de 2015 como “probable cancerígeno” por la Agencia Internacional para la Investigación del Cáncer (IARC, por sus siglas en inglés). El glufosinato de amonio, “persistente y móvil” según la Agencia de Protección Ambiental (EPA, por sus siglas en inglés) de los Estados Unidos, y reconocido como neurotóxico ligado a problemas reproductivos y de desarrollo, según consigna la Base de Datos de las Propiedades de los Pesticidas (PPDB) de la Universidad de Hertfordshire. O el 2,4-D, el componente que, junto con el 2,4,5-T, sirvió para elaborar el tristemente célebre “agente naranja” del cual llovieron 44 millones de litros en la guerra de Vietnam y cuyas consecuencias sanitarias aún están pagando las comunidades locales.

Hoy —y desde hace dos décadas— una cifra estimada en doce millones de argentinos vive sistemáticamente sometida a fumigaciones. Eso que el agronegocio se empeña en llamar “aplicaciones”, como si se tratara de algo tan preciso y puntual como una vacuna, y que, especialmente en los meses de verano, los obliga a convivir con un vendaval químico que no respeta casas, arroyos, quintas ni escuelas. Y que crece a una velocidad temible: un promedio de casi diez nuevos “fitosanitarios” engrosa el listado oficial del SENASA cada treinta días. Casi 120 por año. Más de mil nuevos formulados al cabo de una década, y todo lloviendo desde el cielo e inundando por tierra todos los cultivos, incluyendo las 23

millones de hectáreas de cultivos transgénicos diseñados para tolerarlos.¹⁰

Pero nosotros no somos producto de laboratorio. No somos “RR” —*Roundup Ready*, como se llamó en su momento a la soja tolerante al glifosato— y estamos, como todo lo que no sea un organismo genéticamente modificado, expuestos. Igual que los peces, los sapos, las plantas, los pájaros, las lombrices, nuestros compañeros de viaje en la trama de la vida. No somos tan distintos.

¿Qué hubiera sido lo mejor, entonces? Definitivamente, que nada de esto hubiera ocurrido. Que todo eso que se repite en Chaco, Entre Ríos, Córdoba, Salta, Santa Fe, Buenos Aires, y en tantos otros pequeños pueblos de tantas provincias agrícolas, se debiera en realidad a un virus extraño, a un tipo de agua, a vaya a saber qué insecto misterioso y letal. Que lo que refleja la cartografía de los pueblos fumigados en realidad no esté ahí. Que, como insiste el neolenguaje de la tranquilidad, el cáncer no sea cáncer ni el lupus, lupus; ni el hipotiroidismo, hipotiroidismo; ni el aborto, aborto. Que no haya sapos ni chicos malformados. Que nada anormal esté pasando campo adentro. Que la brutal carga química con la que conviven tantas personas no pese en absoluto. “Pura ideología”, como suelen decir los promotores de este negocio gigantesco. Todos “mitos urbanos”, como también los llaman.

De allí que no sea casual que, a veinte años de la llegada de los cultivos genéticamente modificados al país, la organización ArgenBio —que promueve el avance de la biotecnología en Argentina— publique lo siguiente, a modo de duda colectiva: “Luego de veinte años de uso seguro y evidencia científica contundente, ¿por qué los cultivos transgénicos aún siguen en la mira?”. La respuesta no tiene desperdicio: “Las razones son variadas (políticas, filosóficas, ideológicas, socio-culturales) pero no existe evidencia científica que condene a los transgénicos. Ante este escenario, el desafío es que todos los involucrados en los cultivos transgénicos derribemos

mitos, mostremos que las tecnologías están al servicio del hombre y enviemos un mensaje tranquilizador a la sociedad”.

Pero lo cierto es que esos químicos están también adentro de nuestras heladeras y botiquines. De nuestros cuerpos y el de nuestros hijos, lo sepamos o no. Ya no es, como destaca el doctor Damián Marino, investigador del CONICET y experto en la dinámica de los plaguicidas, “un problema de pueblos fumigados sino un problema de salud pública mucho más vasto”.

¿Qué hubiera sido lo mejor, entonces? No escribir este libro, sin dudas. Seguir viviendo en el reino de la tranquilidad. Creyendo el discurso de la industria a pie juntillas, repitiendo los salmos de esa agronomía que es ya —y desde hace años— una sucursal de las empresas, fiándose de la ausencia de estadísticas o de esa otra forma de la falacia que son las leyes creadas para salvaguardar el negocio en juego. Igual, ya es tarde. Ya no se puede pensar qué hubiera sido mejor, porque lo que tenía que ser —lo que alguna vez dejamos que fuera— ya ha sido. Ya está aquí. Y por razones como esta es que en octubre de 2015 el Estado argentino fue denunciado ante la Corte Iberoamericana de Derechos Humanos (CIDH). Como signataria de la Convención Internacional de los Derechos del Niño, la Argentina debió haber protegido la salud de miles de chicos fumigados. Y no lo hizo. Sigue, de hecho, sin hacerlo.¹¹

Puede, sin embargo, que todavía deba pasar mucho tiempo hasta que todo termine de suceder. Mientras tanto, tal vez no sea tan mala idea comenzar a atravesar el discurso de quienes son parte interesada. Dejar, por una vez, que todo lo que el neolenguaje de la tranquilidad niega y opaca venga hacia uno. Y ver qué pasa.

Alguna vez, en Europa, un científico le comentó al ingeniero agrónomo y doctor en economía ecológica Walter Pengue sus reparos frente a la ligereza y velocidad con la que nuestro país aprobaba plantas resistentes a venenos. “Lo de

ustedes es un experimento a cielo abierto. Y las consecuencias no las van a ver ahora, ni el año que viene, ni en una década. Las van a ver en veinte años”, dijo.

Esos veinte años se cumplen en 2016. El futuro ya llegó.

Notas

1. Baste como ejemplo que en 2010, mediante la recomendación 147/10, en materia de agroquímicos el Defensor del Pueblo de la Nación recomendó “modificar la metodología utilizada en la clasificación de toxicidad de los productos agroquímicos, de manera tal que: 1) Abarque al conjunto de todos los daños a la salud que el producto pueda ocasionar (letal y subletal, agudo y crónico). 2) Hasta tanto se realice la revisión de la clasificación, los agroquímicos aprobados que no tengan evaluado el grado de su toxicidad en las dosis subletales y crónicas, sean clasificados como ‘I.a: sumamente peligrosos, muy tóxicos’, e identificados con banda roja”.

2. Según se detalla en el documento oficial *Plaguicidas en el territorio bonaerense* (OPDS, 2013), solamente en la papa se utilizan “Metamidofós, Cipermetrina y otros piretroides, Clorpirifós y Endosulfán, y un poco menos aplicado el Dimetoato. En total pueden contabilizarse unas 20 a 23 aplicaciones por ciclo de cultivo, es decir durante los 150 a 160 días hasta cosecha”.
3. Según se lee en el capítulo 2 de la norma, “Los técnicos evaluadores (funcionarios internos o auxiliares) dejarán constancia escrita que aceptan las condiciones de confidencialidad en que deberán manejar el material informativo que se les provea, bajo declaración jurada”.
4. Según datos de la Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (AAPRESID), disponibles en: <<http://www.aapresid.org.ar/superficie/>>.
5. El documento Relevamiento de la utilización de agroquímicos en la provincia de Buenos Aires, de la Defensoría del Pueblo de dicha provincia también da cuenta de eso. Allí se lee que “La producción hortícola, tal como se realiza en la actualidad, está basada en un modelo muy intensivo en insumos y energía, que hace un alto uso de pesticidas. Los cultivos bajo cubierta, junto con los cultivos de papa, cebolla y el tomate al aire libre son los que utilizan mayor variedad de agroquímicos en su ciclo”.
6. Disponible en: <<http://www.msal.gob.ar/agroquimicos/pdf/LMR-PLAGUICIDAS.pdf>>.
7. *Plaguicidas agregados al suelo y su destino en el ambiente*, 2015.
8. Disponible en: <<http://www.agrovoz.com.ar/agricultura/muestras-de-senasa-no-detectan-altos-niveles-de-residuos-de-agroquimicos-en-alimentos>>.
9. Disponible en: <<http://www.argenbio.org/index.php?action=noticias¬icia=712>>.
10. *Plaguicidas: Los condimentos no declarados* (paper), EMISA, Universidad Nacional de La Plata, 2015.
11. Así lo refleja el informe *Niñez y Riesgo Ambiental en la Argentina*, coeditado por el Defensor del Pueblo de la Nación, UNICEF, OIT y la Organización Panamericana de la Salud, donde hay un apartado específico referido al impacto de los agroquímicos en la salud infantil. Disponible en: <www.unicef.org/argentina/spanish/manual_imprensa-baja.pdf>.

OTOÑO

1. Algo en el aire

Es más de medianoche y San Salvador, una localidad al este de la provincia de Entre Ríos, duerme como duermen todos los pueblos chicos: en esa forma de perfección que traen la oscuridad, las luces radiantes de las esquinas, la plaza sin gritos ni torcazas. Todo quieto, como suspendido, en la geometría nocturna que tienen las pequeñas ciudades del interior de la Argentina. Un modo prolijo de estar en la sombra.

Todo es recto y sereno aquí. Sobre la avenida principal, llamada Coronel Malarín, solo la sinagoga —con su refulgente estrella de David en neón azul eléctrico— late, absurdamente viva. Todos duermen. Todo está detenido.

Es 19 de abril y todavía se huele el rastro del verano, el aire suave del sol terminando de irse. Pero los incesantes molinos de la ciudad (casi una veintena, que suelen trabajar intensamente en esta época del año) están detenidos. Y eso que ellos son a San Salvador lo que el Obelisco a Buenos Aires: el detalle que da sentido y explica todo lo demás. Así, uno sabe que llegó a San Salvador no porque ya atravesó kilómetros de ruta o porque ya pasó siete horas empotrado en un asiento semicama sino porque —allá a lo lejos— comienza dibujarse el perfil de esos cilindros gigantescos que parecen la avanzada del ejército marciano posándose sobre la Tierra. Esos son los

molinos. Y hay también secadoras de grano, que se les parecen pero están llenas de tubos como patas.

No es casual: San Salvador, una ciudad que según el último Censo Nacional tiene 13.228 habitantes, es desde hace más de seis décadas la Capital Nacional del Arroz. Hay en ella varios emprendimientos arroceros —Cooperativa Arrocería Ltda., Molino Marcos Schmukler SA, Molinos Ala SA, Molino Don Fito, entre otros— y también algunas empresas vinculadas a la venta y reparación de maquinaria agrícola. De las cinco provincias arroceras de nuestro país (Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Formosa y Chaco), esta es la segunda en producción y la primera en procesamiento del cereal. Por eso, de la llamada “Ruta del arroz”, la cinta invisible que une decenas de localidades dedicadas al cultivo, San Salvador es la niña mimada. El procesamiento del cereal está a cargo de un grupo de empresas que se cuentan con los dedos de una mano. Estas enormes instalaciones se ocupan de recibir, acondicionar, clasificar, almacenar y hasta industrializar el cultivo.

Pero no solo de arroz vive la ciudad. Aquí también se dan muy bien la soja, el trigo —en invierno—, el lino, el girasol y el sorgo. En el caso del arroz, cuando se lo procesa se le quita la capa de fibra marrón que cubre los granos recién cosechados. Luego se le quita incluso una capa más. “Para dejar el grano brillante como lo ves vos cuando sale de la caja, le van sacando distintas partes. Lo pulen hasta dejarlo así, perfecto”, dice Gabriel Arlettaz, un hombre alto, de pelo rubio casi blanco y de plácidos ojos azules, con un ligero aire a Charles, el príncipe de Gales. Es casi madrugada, pero aquí nadie parece tener demasiado sueño: ni Gabriel, ni su esposa Andrea Kloster ni Lara, hija de ambos, una nena de catorce años. Y hablamos del arroz y de sus cosas como quien habla del clima en una sala de espera. Pura cuestión de hacer tiempo, hasta que llegue el día.

—Pararon los molinos —dice ahora Gabriel.

La frase retumba en el living como un vaso contra una pared. Y de nuevo.

—Todos los molinos pararon.

Y eso, me entero ahora, no es normal. Esos molinos, en esta época, a veces funcionan hasta de noche. Pero no ahora. Aquí, hoy, hay un aire raro posado sobre todas las cosas. Como si el pueblo no fuera ya el pueblo, sino una postal de sí mismo y todo estuviera esperando el *click* de la cámara. Posan pues la sinagoga y su estrella azul, los faroles, las calles. Posan los árboles, sin viento. Posa la parroquia frente a la plaza. Posa una pantalla enorme, sobre la calle principal, donde se suceden avisos de fideos, de yogur y de una campaña que informa que “La droga mata”. El mural de Santa Teresita (“Santa Teresita, ruega por nosotros”) posa también contra una pared, en la esquina de Malarín, la calle principal del pueblo, y la ruta 18 por la que acabo de llegar. Todo aguantando la respiración. Así, de noche, San Salvador es un sitio geométrico y sin asombros; un pueblito más. Es lo que se ve, y quizás ese sea el problema: que las cosas rara vez son eso que vemos. Por algo, lo que suele acercarnos a ellas es justamente lo otro. Aquello que no está a la vista, eso que se refugia tras la fachada de siempre.

Y en San Salvador, según cuentan los vecinos, es algo así de invisible lo que está enfermado y matando al pueblo. La muerte deja caer sobre la ciudad un cuerpo nuevo cada un cierto tiempo, y a una velocidad y de un modo que ha alarmado a muchos. Por la juventud de los que mueren. Por la clase de enfermedades que los matan. Y si estoy —estamos todos— en vela, en esta noche de abril, es porque semejante cuadro de situación ha precipitado las cosas. Eso invisible se ha dejado ver del peor de los modos: pariendo enfermos y muertos, como si la Parca misma tuviera también aquí su propio molino. Y no dejara de trabajar nunca.

Mañana, 20 de abril, sucederá de hecho algo que muchos han estado esperando por años: la llegada de un “campamento sanitario”. Traducción: un equipo de universitarios de la Universidad Nacional de Rosario (médicos, estudiantes del último

año de medicina y docentes de la carrera) que se instalará en este lugar por una semana para tratar de averiguar qué está pasando. Porque en San Salvador dicen —dicen los vecinos, dicen algunos medios,¹ dice Andrea Kloster, esposa de Gabriel, dueña de casa y referente de la agrupación vecinal Todos por Todos— “lo que pasa no es normal”. Empezando por que —según los vecinos, según algunos medios de comunicación que no dependen por completo de la pauta oficial, según los miembros de este grupo de autoconvocados— los casos de cáncer han crecido de un modo como mínimo llamativo. Por eso hubo trece marchas de silencio,² misas, reclamos y discusiones. Peleas, incluso, entre personas de la misma familia, amigos, ex compañeros de escuela o vecinos de toda la vida. Es que para unos, la carga química asociada a los cultivos de la zona —el arroz, desde ya, pero también la soja, que demanda una gran cantidad de herbicidas para combatir las malezas, insecticidas para controlar a los insectos y funguicidas para eliminar los hongos— podría vincularse con eso que les pasa. Para otros, para productores, ingenieros agrónomos y personas que viven más o menos directamente del campo, la sola idea de que eso que los enriquece pueda estar también matándolos resulta, lisa y llanamente, inadmisibles. Una locura.

Por eso llegan mañana los investigadores. Y por eso también, durante una semana, la casa de Gabriel y Andrea será una verdadera romería de periodistas, cámaras, fotógrafos, trípodes, médicos, papeles, termos, ambientalistas y docentes. A Andrea la tensión de la expectativa se le nota en todo: en cierto pestañeo constante, en el atropello por contar, en que mueva las manos como si fueran banderines. No lo sé todavía, pero sí lo sabré después: esa voz cascada, esa facilidad con la que llega a los agudos, el modo como la cara se le descuajeringa de a ratos, son los rasgos de los que —de pueblo en pueblo, de silencio en silencio— han sido testigos de algo de lo que no se puede hablar. La marca de los desesperados.

Andrea, de hecho, no sabe qué contar, qué explicar primero sobre esto que a ella la obsesiona desde que descubrió que ahí, en su pueblo, enfermarse y eventualmente morir de cáncer se ha vuelto asombrosamente común. Andrea tiene todo el *physique du rôle* de una ex asistente de mago: una mujer alta, dorada y vistosa, sin llegar a la vulgaridad del *minón patrio*. Le dicen la Gringa, aunque desde hace algo más de un año, cuando comenzó a investigar y a armar las primeras listas de casos y marchas de silencio, la llaman también de otro modo: “la Loca”. “La Loca Kloster”, que hoy está por demás inquieta y liquida cada mate en dos chupadas. Después, con ese apuro de los que no tienen tiempo que perder, promete contarme todo desde el principio.

Fue, dice, en los últimos días de 2013, cuando una mujer se acercó hasta su casa en bicicleta, a contarle una historia. “Fue todo muy, muy loco. Viene una chica y me dice que la mamá era enfermera, y que en el hospital estaban pasando cosas terribles. Así me dijo: ‘Terribles’. Que la gente se moría de cáncer. Que su mamá estaba totalmente impactada por el caso de un chiquito con el que había estado jugando una noche y que al día siguiente ya no estaba más: se había muerto. Entonces cargué su bici en la camioneta y nos fuimos a su casa. A hablar con la mamá”. ¿Por qué la había elegido justamente a ella para hacerle semejante revelación? Andrea dice que no sabe, que no tiene ni idea. Pero viéndola ahora aquí, metiendo cada tanto los mechones desobedientes detrás de la oreja y hablando hasta la ronquera, se puede adivinar: parece una de esas mujeres que se comen el mundo y sus alrededores. Y algo de eso hay. Andrea tiene (además de un marido y tres hijas altas y rubias que son como clones suyos) una pequeña empresa dedicada a la organización de fiestas. Y justamente ese trabajo le ha permitido acceder a la intimidad de toda clase de familias sansalvadoreñas, desde los más adinerados hasta los más pobres. Y con todos —eso también lo sabré después— Andrea conectará de maravillas. Será capaz

de aclimatarse a una mansión o a un rancho con olor a brase-ro, y en ninguno de los dos lados desentonar.

“Yo hago lo que sea: te hago un desayuno, te armo una caja sorpresa, de todo. Y la gente de acá siempre me pedía que le armara algo. Capaz la señora del dueño de una arroce-ra estaba de vacaciones en Europa y me llamaba para que le organizara un desayuno al marido porque era el cumpleaños de él, que se había quedado. Entonces yo iba al molino, por ejemplo, armaba todo, le entregaba el regalo y la torta con las velitas, sacaba fotos y se las mandaba para que ella desde allá las viera”, cuenta. Y si habla en pasado es porque parte de todo ese furor laboral efectivamente ya pasó. Ya fue. Por años, sus clientes fueron las familias más ricas de San Salvador, las dueñas de los molinos, los campos, las rutilantes camionetas que pasan frente a la iglesia de Santa Teresita, la santa descalza. Pero toda esa gente la contrata cada vez menos. “El público se diversificó”, suaviza ella.

¿Desde cuándo? Desde una fecha imprecisa que hace coincidir con aquella extraña visita en bicicleta. Porque fue precisamente desde entonces —desde que una mujer llegó a su casa y Andrea comenzó a saber de aquellas historias silenciadas pero reales, con personas, diagnósticos e historias clínicas— que todo comenzó a cambiar. A complicarse. A ponerse extraño incluso para alguien que, como ella, nació, creció, se casó y tuvo hijos en el mismo lugar. Ese lugar que esta noche posa como queriendo parecerse a lo que ya no es.

MARCHAR DE NOCHE

“El tema, acá, fueron las marchas. Cuando yo comencé a ver la cantidad de cánceres que había y a tomar nota de más y más casos, hablé con algunos vecinos que también estaban preocupados y lo primero que se nos ocurrió fue hacer una marcha del silencio para llamar la atención de las autoridades”, dice Andrea.

La primera caminata fue el 21 de enero de 2014, de noche y en medio del calor. Las marchas —desde la ruta, pasando por enfrente de la iglesia y de la sinagoga— fueron un verdadero *shock* para la sociedad local: nunca en ciento veinticinco años, dicen los vecinos más viejos, había sucedido nada parecido. Y no a todos los alegró la visión de centenares de personas en la calle caminando sin hablar, llevando carteles, moviendo las cosas. Aun para un pueblo tan callado como este, semejante nivel de silencio hacía ruido.

“Un grupo de vecinos autoconvocados decidieron realizar este martes a las 22:00, una marcha alrededor de la Plaza de San Salvador para manifestarse por el creciente número de casos de cáncer en la ciudad. La convocatoria fue muy exitosa, ya que varios centenares de personas asistieron”, consignó al otro día *Reporte Cuatro*, un diario local. El titular decía “Multitudinaria marcha” y eso, justamente, eso, era lo asombroso: la gente. Gente salida de sus casas, gente con sus chicos, en la calle, cientos de vecinos y hasta el mismísimo intendente marchando por las calles de la ciudad. Esa caminata marcó el comienzo de una grieta entre los vecinos. Pero una mucho más profunda y duradera que la que podría haber marcado hasta ese entonces una diferencia política, cultural, económica o religiosa. Otra clase de quiebre, bastante más profundo. Y amenazador.

Pero eso, al principio al menos, apenas se notó. A las primeras marchas, de hecho, fueron muchas personas y casi todas las religiones, que aquí son no menos de cinco contando a evangélicos, católicos, judíos, luteranos y Testigos de Jehová. Fueron todos los credos, entonces, salvo los que —por caso— optaron por quedarse creyendo iglesia adentro. “Yo estoy con vos. Yo te acompaño, pero desde la oración”, le explicó aquella vez a Andrea una señora muy devota y muy poco dada a poner el cuerpo en algún otro sitio que no fuera el banco de la parroquia. Tal vez por eso ella todavía recuerda una escena surrealista de los inicios: noche cerrada, la parroquia repleta

de velas y de gente rezando el Vía Crucis; a metros nomás, en la calle, caminando sin ruido, otras tantas personas viviendo otras variantes de la vía dolorosa.

En la marcha estaba Paola Dávila, por ejemplo. Una rubia bajita y de rasgos alienígenas —ojos clarísimos y como dibujados a plumín— vecina y amiga de Andrea y a quien conoceré mañana. El hijo de Paola, en el momento de nacer, tuvo un problema respiratorio que le dejó la mitad del cuerpo como dormido. Hoy está con tratamiento y estimulación: tiene que ir todos los días de su vida al kinesiólogo para no perder movilidad. Gabriela Rodríguez, una profesora de inglés, en cambio, no estuvo en aquella marcha. Como tampoco participó Patricia Jourdan, otra vecina. Las dos estaban demasiado tristes hasta como para poder marchar. El marido de Gabriela, Héctor Castro, murió en solo dos meses de un cáncer fulminante. Tenía 42 años. Leila, la hija de Patricia, por ese entonces estaba ya en el Hospital Garrahan. Murió luego de tratarse por meses. Tenía leucemia. Tenía catorce años.

Pasó más de un año desde aquella primera convocatoria de vecinos hasta lograr esto que pasará mañana: que llegue a la ciudad el campamento sanitario. Durante ese tiempo sucedieron varias marchas más, todas diferentes. Se marchó de noche y con velas, de noche y con paraguas, de noche y sin nada, de noche y con globos blancos, para reclamar por la salud de todos, sí, pero en especial por la de los niños y los más jóvenes. Semana tras semana, cada martes, los vecinos marchaban con carteles (“Cuando Dios hizo el mundo no había agroquímicos”, se leía en una pancarta) pero sobre todo con la misma pregunta de siempre: ¿Qué pasa en San Salvador? ¿Por qué hay gente que se muere tan joven y de lo que antes era casi una rareza reservada a los mayores?

Sin embargo, el tiempo fue pasando y no mucho sucedió. Con todo, hubo avances: en marzo de 2015, por votación del Concejo Deliberante local, se creó una “zona de resguardo ambiental”. Esto es, unos quinientos metros a contar desde

la última casa habitada a partir de donde está prohibido usar cualquier clase de agroquímicos. También se prohibió algo absolutamente naturalizado hasta ese momento: la circulación de las máquinas fumigadoras (llamadas “mosquitos”, ya que tienen algo asimilable a “alas” que se despliegan para echar pesticidas) por pleno centro de la ciudad. Hasta entonces esos equipos se paseaban tranquilamente por las calles, como si fuesen un vehículo más y no maquinaria que lleva y trae sustancias peligrosas en su interior.

En ese mismo tiempo sucedieron también otras cosas, empezando por una cantidad de muertes y nuevos enfermos que solo Andrea parece tener interés en contar y hasta en asentar en un mapa, que me muestra. Aquí está pues de nuevo la ciudad, perfecta como siempre, con sus avenidas y sus calles. Solo que ahora parece haber llovido sobre ella en rosa y amarillo. Rosa: los muertos de cáncer. Amarillo: los enfermos de cáncer. La macabra pluviometría de la desgracia que nadie aquí parece querer mirar de frente. ¿Estadísticas oficiales? No hay. Nadie, hoy, en San Salvador puede consultar nada parecido a un listado confiable de nuevos casos diagnosticados en un período determinado (eso que se conoce como “incidencia” de una enfermedad) ni tampoco datos de prevalencia (cuántas personas conviven con esa enfermedad). También brillan por su ausencia los datos oficiales sobre la cantidad de gente que ha muerto de cáncer en, por caso, los últimos cinco años. Sencillamente porque nadie aquí releva esa información. Y, si se releva, no se revela. Nadie pues los conoce de boca de los médicos ni de las autoridades.

Pero la información está, solo que casa adentro. Espolvoreada por todo el pueblo como el *polvillo* ese del que todos hablan y que visto de cerca luce como si fuera harina integral, solo que de color marrón pálido. El polvillo, ese que sale de molinos y secadoras en época de molienda y de secado —marzo y abril— y cuando los aparatos no están detenidos como lo están ahora. Molinos y secadoras que pararon,

supuestamente, para que los expertos que vendrán mañana no se encuentren con el espectáculo de una nube de polvo envolviendo a la ciudad.

Una nube de polvo que mancha la ropa, ahoga a los chicos, hace que las mangueras queden dibujadas como serpientes en el piso cuando se las levanta, pone a toser a todos y genera un fenómeno por demás curioso. Y local: especialmente en el tiempo que sigue a la cosecha, cuando cae el sol, la ciudad se vuelve un clon de Londres. Incluso desde la ruta y en una toma que varios periódicos han repetido, la visión es irreal: San Salvador envuelta en una órbita gaseosa, en una atmósfera de polvo que se ve a kilómetros. Esas partículas en suspensión en algún momento, caen sobre los pisos, las calles, los autos, los pulmones de todos. Y ahí se quedan, como han quedado también (prendidas de la gente, posadas en las casas) las historias de los muertos y de los enfermos. Las historias sin estadística, pero sí con nombre y apellido. Sí con un mapa, hecho por ellos mismos.